

**CARLOS V EN YUSTE**

**JOSÉ M.<sup>a</sup> DE PERALTA Y SOSA**  
Escuela Universitaria de Magisterio de  
Badajoz UEX

## *INTRODUCCION*

Si el pasado año fué el de recordar las gestas de los extremeños allende los mares y su gran participación en la conquista y colonización del Continente Americano, en este año recordaremos la venida y estancia en Extremadura, del rey Emperador Carlos V, que quiso pasar los últimos meses de su vida en nuestra región, eligiendo, entre todos sus dominios el Imperial Monasterio de Yuste.

## *SUMMARY*

Last year we remembered the heroic deeds and achievements of extremeñans overseas and their great role in the conquest and colonization of the American Continent. This Year's issue deals with The Emperor Carlos 5th, his coming and staying in The Region of Extremadura, a place which he chose among his many dominions, to knowingly spend the last months of his life. This ultimate time, he decided to sojourn in the Imperial Monastery of Yuste.

---

Filiberto de Bruselas, Presidente del Consejo de Flandes, había terminado de hablar. Tras una pausa, y apoyándose con la mano izquierda sobre el hombro de su favorito Guillermo de Orange y con la derecha en un bastón, se levanta con visible esfuerzo el Emperador.

"Aunque Filiberto -empezó diciendo Carlos- haya expuesto a los Estados Generales las razones por las cuales renuncio al Gobierno de los Países Bajos entregando el Gobierno a mi hijo, aún quiero decir al Consejo unas palabras". Recordó en ellas que el 5 de Febrero de ese año, 1.555 habiase cumplido ya cuarenta años desde que su abuelo, el Emperador Maximiliano, le había declarado mayor de edad en aquel mismo sitio de la Sala del Consejo de Bruselas. Poco después se vió encargado del Gobierno de España y luego del cuidado del Imperio. Durante todo el tiempo que duró su reinado, puso todo su esfuerzo en proteger los intereses de sus reinos y cumplir la obligación que su nacimiento le había impuesto.

Su mayor tarea fué, sin embargo, velar por la Cristiandad, y mantenerla inviolable ante los ataques de los incrédulos. En este empeño encontró trabas debidas, en parte, a la envidia de sus vecinos, en parte a los príncipes herejes alemanes. Nunca cuando se trató del cumplimiento de su gran deber se había preocupado para nada de su propia comodidad. Y aún describió con un par de frases, a la vez orgullosas y cansadas, la carga de su vida de soberano, diciendo: "Nueve veces estuve en Alemania, seis en España,

siete en Italia, diez veces vine aquí, a Flandes. Cuatro veces, en paz o en guerra, me he visto obligado a entrar en Francia; dos veces estuve en Inglaterra, y dos en Africa. Lo cual suma cuarenta grandes empresas. Los pequeños viajes que he hecho no los quiero contar. Ocho veces he cruzado el Mediterraneo y tres el Océano, y será la cuarta cuando me vaya a España a buscar una tumba". Luego habló de la enfermedad que minaba sus fuerzas y que por ella había tomado la decisión de entregar su puesto a su hijo, cosa que hasta entonces había impedido la juventud y poca experiencia de éste. Y con cierta pasión prosiguió que ya que este impedimento no existía, no tendría perdón ante el cielo y ante el mundo si, impedido como estaba, y cada año peor, se empeñase en seguir llevando las riendas del Gobierno. Y sacrificaba su orgullo y aún el esplendor de su autoridad, a su ansia de paz conventual. Había sido servido con fidelidad y esperaba que la misma atención sería guardada a su hijo. Desgraciadamente no había podido dar al mundo la paz por la cual había luchado toda su vida. Si alguno de los presentes había sufrido alguna injusticia suya, debía saber que no fué con intención, sino por ignorancia de que así fuera, y, por tanto, que le perdonara a él, el Emperador.

Sin preocuparse del efecto que estas palabras produjeron, dirigiéndose Carlos V, hablando aún fatigosamente, a su hijo, que estaba cerca de él, en el estrado, junto con las hermanas del propio Emperador; la reina viuda Leonor de Francia y la reina María de Hungría, con el duque de Saboya y el joven Guillermo de Orange, diciéndole: "Venera firmemente la religión; afirma nuevamente la fé católica en toda su pureza; considera las leyes del país como sagradas e inviolables. Y si alguna vez mas adelante, desearas como yo buscar la paz en el retiro, te deseo un hijo a quien puedas dejar el cetro con la misma alegría con que yo lo hago hoy por tí".

Como el cargador que solo se deja vencer por el cansancio cuando ha soltado el peso aplastante que llevaba sobre sus hombros, se dejó el César caer sobre su asiento. Su semblante, cansado, resplandecía con blancura de muerte sobre su traje de luto que llevaba en recuerdo de su madre. Solo el Toisón brillaba, único adorno sobre el paño negro. Mientras las principes y representantes de los Países Bajos allí reunidos, iban penetrándose de la trascendencia de sus últimas palabras; dejó el César vagar su mirada sobre la masa humana allí presente, y como quien muy alejado, sin tener ya parte en ello, vé el efecto resonante de sus hechos, repitió quedamente unas palabras, apenas perceptibles; "Dios os bendiga".

Felipe, el joven de 28 años, que en ese instante vió impuesto sobre sí, no solo el ciudadano de un reino, sino también un deber que, extendiéndose a todos los demás reinos, buscaba su cumplimiento y su recompensa en otras comarcas, arrodillándose, y llorando, besó la mano, ya deformada por la gota, del padre adorada que en él renunciaba.

Así abandonó el Emperador su patria amada de los Países Bajos, embar-

candose rumbo a España, para pasar sus últimos días en Yuste. El hombre que fué en un tiempo poderoso, el que con tal serenidad apartó de sí el loco grito de socorro del mundo, siempre angustiado, siempre en lucha, habia dado en persona las indicaciones para la construcción de su última vivienda. Habia de ser apropiada para un hombre cansado que se prepara al sueño, para un herido a quien pronto faltarán las fuerzas para andar, su punto central no era una sala, sino la cama. Desde la cama veia el César cada vez que se volvía hacia la derecha, el Altar Mayor de la Iglesia conventual a través de las dos ventanas de la cámara contigua. De esta manera aún cuando le abandonaron las fuerzas, asistió al Santo Sacrificio ; si se volvía hacia su izquierda, alcanzaba asimismo su mirada, a través de una cancela, un Altar que estaba dispuesto en la sala contigua al dormitorio. Pero la ventana que le hacia frente se abria sobre el nuevo Claustro del Convento, donde maduraban naranjas, cidras, limones y bergamotas alrededor de la taza de una fuente.

Tambien a su espalda, y en un segundo patio, se reflejaban limpiamente en una sábana de agua cristalina las frutas redondas e intensamente doradas. Alrededor del Convento se desarrollaban los árboles con tal exuberancia, que las frutas, de las puntas de sus ramas temblorosas se atrevían a meterse por las ventanas para brindarse al que pasara y ahorrarle el distraído camino del jardín. Del monte de San Salvador, donde habia una ermita antiquísima, bajaban rumorosos los arroyos; el Yuste y su hermano menor, que eran apresados en el jardín para regar los árboles y arbustos. Mas abajo, en la pendiente, brotan otros manantiales; hasta donde alcanza la vista se balancean las copas de los castaños, se retuercen las vides, se aprietan las sombras bajo el follaje de los jardines. Yuste, por donde en muchos días no pasaba ningún caminante, donde ni siquiera, por la larga distancia y soledad del camino, los pobres nos podían acercarse a recibir su limosna, donde los mensajeros se perdían, era cárcel para los que aún se complacían en cosas humanas, y paraíso para los que lo habían superado.

Al otro lado de la Iglesia se encontraba la vivienda recién construida del Emperador; estaba hecha solo de madera; pero, a pesar de ello, era amplia y fresca. A ella se apoyaba un solanar que recibía de lleno la luz del sol. Se sentaba a menudo allí el enfermo y dejaba obrar la dulce fuerza de sus rayos sobre sus miembros doloridos. El Convento estaba orientado a mediodía; el invierno no duraba mas de un mes. Tambien en la sala habia un ventanillo que daba vista al Altar Mayor. En ninguno de los aposentos soportaba el César que hubiera armas u otro signo de su pasado señorío.

El maestro relojero era el primero que entraba por la mañana en el cuarto del César para dar cuerda a su reloj, que, por orden del Emperador, estaba sobre el aparador. ¿Importaba tambien en Yuste la hora? ¿Era el dolor del batir del péndulo el que le habia dado entrada?. Las horas debían de sucederse con la medida habitual, sin apresurarse, sin retrasarse. Mientras las

manillas recorrian mil y mil veces su esfera, una corona llegaba a hastiar, un cetro se reducía a la nada. Ellas deberán seguir andando hasta que el pasado se agote a fuerza de repetirse, y el dolor, aún no siempre vencido, se vea forzado a callarse.

Con este recuerdo del tiempo empezaba el día; severamente repartido, se pasaba. Al maestro relojero seguía el confesor, que rezaba con el Emperador. Luego venían los médicos que trataban sus cansados miembros, y los camareros que le vestían. Acompañado de su servidumbre, iba Carlos a Misa. Durante la comida, discutían el médico y un noble sobre campañas y grandes hechos de la Historia. ¿Se nombraban las batallas, las victorias de aquel hombre que estaba callado, sentado a la mesa?. ¿Escuchaba el César la relación de sus hechos como quien oye una leyenda?. Pero la estrategia de los poderosos no tiene ya valor ante el vencedor de su propia alma. También a menudo se hacía leer en la mesa libros piadosos. Después de la comida escuchaba el sermón.

Cuando llegaban los mensajeros con cartas del Rey, se despertaba el temperamento del César. Imprecaciones vehementes cayeron sobre el Duque de Alba, que llevaba con demasiada tibieza la guerra de Italia, y concluyó con el Papa una paz prematura. ¿Porqué no estuvo en persona en la batalla de San Quintín?. El, el Emperador, seguramente no hubiera despreciado la lucha y el triunfo.

Pero aún más apremiante era su preocupación por la Religión. La irrupción de la herejía protestante en Sevilla, en su propio país, hizo sentir al Soberano que había renunciado al trono una única responsabilidad, de la cual, ni él mismo, ni ningún poder humano podía librarle. Entre tanto, a él no le quedaba ningún poder; únicamente podía sugerir lo más preciso y experimentado a su hijo, el Rey de España. Por lo cual dictó una carta a Felipe, que se hallaba en Flandes. Haría bien en castigar severísimamente a los luteranos españoles; aunque el movimiento fuera insignificante, era un comienzo. Si él, el César, se encontrara en el caso de hacerlo, no se contentaría con palabras. Pero la carta aún no lo pareció bastante apremiante, y así de su poderosa y casi inservible mano, añadió todavía una amonestación: "Este oscuro negocio me ha irritado tanto como no os podeis suponer. Debeis de escribir y atajar el mal de raíz con gran energía y severísimo castigo".

¿No atravesaba momentos en los cuales echaba de menos su antigua autoridad?. Cuando llegó a Yuste, no sabiendo el Abad si tenía ante sí a un monje ó a un Emperador, se dirigió a él llamándole "padre"; la palabra chocó tan visiblemente, que uno de los asistentes le llamó la atención enseguida, y éste se corrigió dándole el tratamiento de "Majestad".

Más aquel viaje, desde la costa hasta Yuste, a través de la lluvia, casi sin séquito y sin dinero, ¿cómo pudo aguantarlo?. Su llegada no había sido anunciada; nadie creía que había de llegar. Faltaban los médicos que le habían de tratar, los sacerdotes que habían de celebrar la Santa Misa. No po-

día pagar a sus gentes; el recibimiento que le preparaban a toda prisa, las sorprendidas ciudades al que ya no era Soberano, le causaba enojo. ¿Quién era él? ¿No hablaba las mismas palabras que antes?. Y, sin embargo, de pronto, ya no hallaban eco. ¿Por qué no estaba el dinero preparado?. El cambio que él creía tener en su mano, empezaba a atormentarle. A través de malos caminos, sufriendo del mal tiempo, acuciado por la enfermedad, sin la aureola del poder, sufrió el dolor y la amargura de la renuncia.

Pero luego hizo amistad con los frailes. Entró como huésped en el refectorio, aunque apenas podía sentarse a la mesa ni servirse de los cubiertos. Los monjes preparaban las comidas sin atención a la alcurnia del huésped, según las costumbres de la Orden; el César las alababa mucho. Pronto se dieron cuenta los hermanos de lo mucho que le gustaban las fresas, que le recogían. Las guardó en su cuarto y cuidó con severidad que ninguna se perdiese y nadie comiese de ellas.

Frente a una de las ventanas que daban al sur, saltaban las truchas en un estanque recubierto de brillantes azulejos. Sentado al balcón, en una silla, se entretenía el vencedor de Pavía y de Mühlberg, en esperar a que uno de los delgados y voluntariosos peces picara su anzuelo. Sentía el bienestar del sol sobre su cuerpo martirizado; los monjes evitaban pasar por el jardín, nadie se atrevía a espantar la banda asustadiza de peces que se deslizaban por el agua y de los cuales dependía la alegría y el placer de un día, del Emperador enfermo.

Los abades de los conventos de los alrededores visitaban al solitario. También los nobles venían a besarle la mano. Una vez entró una mujer, seguida de un muchacho rubio, por la puerta del oratorio, a las habitaciones del Emperador. El muchacho, a quien nadie conocía, mas que por el nombre de Jeromín, era de figura aristocrática, y parecía que el anciano achacoso hallaba especial consuelo en mirarle, puesto que le mandó venir a menudo. Era éste joven, el futuro vencedor de Las Alpujarras y de Lepanto, a quien el Papa San Pio V, saludara con las palabras del capítulo primero, versículo quinto, del Evangelio de San Juan : "Fuit homo missus a Deo, qui nomen erat Joannem". Era Don Juan de Austria.

Le traían regalos. Cada semana, un mensajero del prior de Guadalupe subía frutas y caza; la Princesa Juana, la hija del Emperador, le mandaba porcelanas. Se alegraba el César entreteniéndose con un papagayo y un gatito, que le habían enviado desde Lisboa, la reina de Portugal, su hermana. La charla incesante y vacía del verde pájaro le liberaba, al fin, de las retumbantes palabras de los hombres, la seriedad se hacía juego cuando el Emperador, con su mano viuda del centro, metía un bastón al borde del abrigo entre las patas del gatito, para divertirse viendo como las arañaba y pateaba.

La fiesta principal de Yuste, era el día de San Matías, en que se celebraba el cumpleaños del Emperador, y que era también el aniversario de su coronación y de la victoria de Pavía. Adornaron la iglesia; desde lejos venían

los labradores para ver al monarca. Al fin salió por la puerta del oratorio entre su mayordomo y un noble sobre los que se apoyaba. Un traje sin adornos completamente negro, cubrían su figura encorvada; solo el Toisón le brillaba al cuello. Despacio, con un cansancio infinito, se volvió hacia el altar. ¿Ese es el César?, se atrevió a preguntar uno desilusionado. Con la ayuda de sus acompañantes se arrodilló. Don Carlos para dar una limosna de tantos escudos como años le habían sido dados, mas uno por el nuevo año de una vida que, quizá, ya ni deseaba. Apoyándose en los brazos de los que ayudaban se incorporó; agotado, fué pasando por la iglesia, de donde la muchedumbre, impresionada por un horrible sentimiento de extrañeza, y movida por este destino incomprensible, se apartó en silencio.

Inmutables, como el sonar de las horas de un reloj, se oían en Yuste las oraciones por los vivos y por los muertos. Todos los días se rezaban dos Misas por los padres del Emperador, la tercera por su mujer, la Emperatriz Isabel y la cuarta por él mismo. El jueves se cantaba una Misa solemne por la casa de Habsburgo. Se celebraban Misas por los acontecimientos el tiempo; las batallas de Felipe, los hechos de reyes y Papas, las muertes de los caballeros del Toisón. La determinación de las preces y Misas era lo único que D. Carlos mandaba ya.

El día en que llegó la noticia de que los principes alemanes, de acuerdo con la voluntad del César, habían coronado como Emperador a su hermano Fernando, fué uno de los mas sombríos de Yuste. El César llamó a su confesor; de allí en adelante se había de suprimir su nombre como Emperador, en las oraciones y sustituirlos por el de su hermano Fernando: "A mi me basta que al nombrarme digais Carlos, pues yo no soy ya nada". Luego mandó llamar a su cuarto a todos los servidores para que oyeran la lectura de la carta de los principes electores. Cuando el mayordomo hubo terminado repitió el destronado por su voluntad, la trágica palabra: "Si ya no soy nada".

El jardinero había adornado un tiesto de hermosísimos claveles con las insignias del Sacro Romano Imperio, pero le dijeron que el huésped no quería aceptar el regalo. Sin embargo, después de quitada la corona, cuando las flores estaban en su cuarto y puras, y perfumadas como lo habían estado al pié del monte donde habían crecido en algún lugar apartado, el solitario se inclinó complacido sobre ellas, pareciéndole ver a Dios en la belleza serena de las flores.

Pero esta vida, que los frailes contemplaban con amor y respeto, no era mas que el reflejo de la profundidad, velada por ondas transparentes. El mismo que por las mañanas, en voz baja, pero aún sonora, acompañaba el canto que le llegaba de la Iglesia, tenía horas en las cuales el oír este mismo canto se le hacía un martirio. De noche, en su cuarto, sonaba la disciplina sobre la carne ensangrentada.

¿Acaso le llamaba hacia sí su madre?. ¿No había comenzado sacrificando a Juana, esa loca en cuyo nombre, él había gobernado y que llevó como

una sombra durante casi todo el tiempo de su reinado, el título de reina y poseyó a Castilla en secreto?. Felipe I, el padre de Carlos, la tenía como una prisionera en Bruselas. Amaba a su esposo hasta la locura; él la engañaba, sus celos la hacían enfermar.

Ante un ejército de 10.000 soldados cabalgó a su lado, sin permitir que una sola mujer la acompañase; se servía sola; él no había de tener ninguna mujer a su alrededor.

Ciertamente, Felipe I tenía motivos para temer que sus enemigos pudieran emplear a Juana como medio de arrancarle su herencia. Ella era tan apasionada hija como esposa; Fernando, el viejo rey de Aragón, que no veía con gusto a los Habsburgos en España, podía servirse de ella. Pero no deseaba Felipe I ver los indicios de su enfermedad precisamente por eso. Este príncipe, el más hermoso de su tiempo, era frío, cínico quizá, Juana era un medio, un medio despreciado.

Y después, cuando de repente murió Felipe I el Hermoso, antes de cumplir los treinta años, se declaró en Juana la enfermedad, la enfermedad quizá deseada. Y cosa extraña, ni el odio, ni la afrenta; solo el amor pudo producirlo. Ante el cadáver de aquel que la había pegado, que la había tratado como una prisionera que públicamente la había despreciado, esta mujer, en un exceso de pasión, besando el yerto cadáver de su esposo se volvió loca.

El hijo, el Emperador penitente en su celda sufre siempre ante la insostenible condición de su poder, y el Solitario mira el fondo del abismo del hecho. Antes de tomarlo en sus manos estaba su cetro desvalorizado; sin embargo debía de conducirlo; mas ninguna de sus penas ni de sus acciones se librarían de la culpa. La misión se cumplió, y en el propio cumplimiento de la misión se contenía la falta. Pero ninguna promesa puede proteger de la voz de la sacrificada.

¿Acaso no le reclamaba también el recuerdo de su esposa?. El César Carlos recuerda aquel cortejo fúnebre presidido por su hijo, el futuro Felipe II, aún de doce años, transportante el cadáver de la joven Emperatriz Isabel al panteón de la familia real en Granada.

El Emperador se había encerrado en un convento de Toledo y había encargado a su hijo del acompañamiento. Entre el séquito, silencioso, iba Francisco de Borja, Marqués de Lombay, que, como tercer hijo del Duque de Gandía y de Juana de Aragón, estaba emparentado con la casa real.

Como a uno de los servidores preferidos de la Emperatriz Isabel, siguiendo una antigua costumbre, le correspondió el honor de testificar el nombre y origen de la muerte. Pero cuando en la capilla sepulcral de los Reyes Católicos, se abrió el féretro y el notario y el espantado séquito esperaba el juramento de Francisco de Borja, el espectáculo que ofreció a la vista de todos en aquella cripta que separaba la vida de la muerte, tanto le horrorizó, que no se atrevió a jurar la identidad de aquella imagen de juvenil belleza aun presente ante sus ojos, transformada en la espantosa visión que se descu-



bria. Apenas pudo asegurarse que en vista de las precauciones y cuidados que se había llevado y guardado hasta allí el cuerpo de la Emperatriz, tenía por cierta dicha autenticidad, que aquel cuerpo no podía ser otro sino el de su señora la reina.

El séquito marchó rápidamente; entre tanto Francisco de Borja no podía apartar el pensamiento del espanto que le había sacudido. Ya no verían nunca más sus ojos aquellos otros claros y luminosos ahora oscurecidos; aherrojado por los pensamientos que le turbaban comenzó un extraño diálogo con su propia alma diciéndose: “¿Que hacemos alma mía? ¿Que buscamos? ¿Que cosa perseguimos?. Si la muerte trata de esta manera a la Majestad y a los poderosos de nuestra tierra. ¿Que ejércitos podrán resistirla? ¿No sería bueno morir en vida para el mundo, para luego muerto, vivir en Dios?”.

Aún esperaba el Marqués de Lombay el virreinato de Cataluña y el ducado de Gandía, de su padre; aún no había alcanzado los treinta años. Entre los que habían huido despavoridos de la capilla, después de haber prestado él su singular juramento, se hallaba D<sup>a</sup>. Leonor de Castro, su mujer.

En la plenitud de una juventud y de un amor que no temían gastarse, le había dado ocho hijos. Aún compartió algunos años, no como mujer, sino como hermana, su vida y honores con que el Emperador le premió. Cuando el Señor llamó a sí a su esposa, renunció el Marqués al ducado y entró en la Compañía de Jesús. En ella fué investido, después de la muerte de su fundador y de su sucesor, con el más alto cargo como su tercer General.

Y la Iglesia premió sus virtudes elevando a San Francisco de Borja a los altares. Y de todo esto, de la muerte de su madre, de la de su esposa, de la conversión del Duque de Gandía, se acordaba el Emperador, y todo su pasado lo recordaba en la soledad conventual de los jerónimos de Yuste.

Un día que se sentía mejor que de costumbre, ordenó Carlos un funeral por sus padres y por la Emperatriz. Diariamente aparecía en la Iglesia siguiendo a su paje que llevaba un cirio encendido. Durante la oración permanecía en profunda meditación junto al altar, con un libro de horas canónicas, pobre y sobado en la mano. Cuando las Misas habían terminado y había cumplido con ello su último deber de filial agradecimiento, llamó al confesor a su lado: “¿No os parece bien, hermano Juan, que ahora que están dichos los funerales de mis padres, se celebren también los míos, para que yo vea lo que tan pronto me ha de suceder?”. Fr. Juan de Regla quiso disuadirle: “¿No creéis que eso pueda ser útil para mi alma?”. -insistió el Emperador- “Ciertamente, Señor”, “Esta bien, pues mandad prepararlo todo, y empezad pronto”.

Ante el altar, en el círculo de luces encendidas, estaba el féretro. Vestido de riguroso luto, se hizo conducir allí el Emperador; toda su servidumbre, vestida de negro, le seguía. Empezó la Misa. En la nave, empezaron a oírse sollozos que se convirtieron en vehemente llanto. El Emperador miraba fijamente el ataúd cubierto que figuradamente le contenía a él aún vivo. En si-

lencio, se veía a sí mismo bajo los cánticos y las luces que se iban consumiendo, yaciendo, desprendido por completo de su ser y alejado de esta vida en la noche sin fin, como uno que por anticipado se ha salido de ella. Él, una sombra, sin ser, rezaba por aquel muerto, daba gracias a Dios por las mercedes que le había concedido, lloraba por él y su destino. Al final dió al sacerdote su vela, como aquel muerto había dado a Dios su alma. Quedose en mente realmente muerto; la figura, que al fin se apartó de su féretro, como el humo del fuego, era un fantasma, una nada.

Por la tarde del mismo día, se hizo llevar el Emperador a la parte del jardín que daba a poniente. Sentose frente al reloj del convento. Una vez más pidió el retrato de la Emperatriz Isabel. La esbelta y rubia portuguesa, la única con quien compartió el trono, le miraba inmutablemente joven. En su semblante había esa belleza sublime otorgada a los que mueren pronto, como un reflejo y un oscuro presentimiento. Carlos dejó en las manos el retrato y pidió otro que representaba a Cristo, en oración en el Huerto de los Olivos. Estuvo mirando a este aún más tiempo. Entonces pidió un tercero; el Juicio Final. Sobre su rostro llameó la emoción; sus ojos no lo podían dejar; como uno de los monjes que vivían allí arriba en la montaña, se hundió su alma en la meditación. Por fin le llamó la atención el médico. El anciano de barba blanca y temblorosa: "Malo me siento", -dijo levantando la vista-. Estremeciéndose se arrojó en el abrigo negro, y se hizo llevar rápidamente, huyendo del aire fresco que bajaba de la montaña, a la casa conventual en cuya pared seguía el seguro reloj moviendo con exactitud sus manillas.

Ya no volvió a levantarse el Emperador; apenas comenzó la fiebre se hizo leer el testamento, para examinarlo por última vez. Los Santos Sacramentos fueron el bálsamo para su afligido espíritu y preparación para el tránsito. Hasta el final no perdió el conocimiento ni la facultad de hablar. No se cansaba de indicar a los monjes que salmo habían de leerle, que oración habían de decir con él.

Al sentir sobre sí la sombra de la muerte dijo con serenidad: "Ya es hora" Tomó en la diestra la cruz con la cual había muerto Isabel, la joven Emperatriz, y la llevó a los labios; en la mano izquierda sostenía una vela bendita para el oscuro y largo viaje.

Los monjes a quien el enigmático huésped tan pronto había abandonado, nuevamente fueron testigos de cosas maravillosas. En el cuarto del César brotaron dos varas de lirio; habían crecido a la par, y cada cual tenía un capullo. Una, se abrió la noche de la muerte radiante, blanca y olorosa, pero la otra no prosperó. Se ajó y pasó sin que su cáliz se abriera. Así el alma del gran renunciante fué salvada por el Señor de la aridez de lo pasajero.

Al día siguiente de la muerte del Emperador, se posó un pájaro tamaño como de un pavo real, sobre la cruz de la capilla; y el grito singular del pájaro volvió a sonar de nuevo cuando pocos días después la reina de Hungría murió de pena por la muerte de su hermano, el Emperador Carlos V.

***BIBLIOGRAFIA.-***

CARLOS BRANDI.- Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial.- Editora Nacional.- Madrid.

PETER RASSOW.- El mundo político de Carlos V.- Afrodisio Aguado S.A.- Madrid.

MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA.- Estancias y Viajes del Emperador Carlos V., desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte.- Madrid.- B.A.H.

L.P. GACHARD.- Sur le séjour de Charles Quint au Monastere de Yuste.- Belles Lettres.- Paris.

E. ARMSTRONG.- El Emperador Carlos V.- Londres.

R.B. MERRIMAN.- Carlos V. El Emperador y el Imperio Español en el Viejo y Nuevo Mundo.- Madrid.

HERMAN BAUMGARTEN.- Historia de Carlos V.- Stuttgart.

MANUEL FERNANDEZ Y ALVAREZ.- Política mundial de Carlos V y Felipe II.- C.S.I.C.- Madrid.

RAMON MENENDEZ PIDAL.- Idea Imperial de Carlos V.- Colec, Austral.- Madrid.

MOREL-FATIO.- Historiographie de Charles Quint.- Paris.

ARCHIVO DEL PALACIO REAL.- Consejos de Carlos V.a Felipe II y Testamento del Emperador.- Signatura. 7.423

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.- Abdicación de Carlos V.- Colección Salazar, Signatura. 7.658

ARCHIVO DE SIMANCAS.- Correspondencia de Carlos V. a Felipe II.- Año 1.555 . Signatura: Sección: E., Legajo 809

VAN MALE.- Lettres sur la vie interieure de Charles Quint.- Bruxelles.